

La Iglesia

en sus orígenes

INDICE

1.- INTRODUCCIÓN	3
2.- DE JESÚS A LA IGLESIA	4
3.- LAS DOS PRIMERAS COMUNIDADES	5
a.- LA IGLESIA PRIMITIVA DE JERUSALÉN	5
b.- PRIMEROS CONFLICTOS	6
c.- LA IGLESIA DE ANTIOQUIA	7
d.- LA ASAMBLEA DE JERUSALÉN	9
e.- DESARROLLOS POSTERIORES	12
f.- EN SÍNTESIS...	14
4.- ALGUNAS CUESTIONES Y SU EVOLUCIÓN	15
a.- EXTENSIÓN	15
b.- CRISTIANISMO Y SOCIEDAD	16
c.- LA MUJER	19
d.- ESTRUCTURA Y ORGANIZACIÓN DE LAS COMUNIDADES	22
5.- A MODO DE REFLEXIÓN FINAL	25
BIBLIOGRAFÍA	27

La Iglesia en sus orígenes

1.- INTRODUCCIÓN

Es habitual que todo movimiento o grupo social vuelva con frecuencia la mirada a sus orígenes para reafirmarse en su identidad y orientarse en sus retos futuros. También los cristianos lo hicieron y lo hacemos, tanto en los primeros años de andadura de la Iglesia como ahora.

En este material, que se refiere a los primeros pasos de la Iglesia, pretendemos dar una visión general de estos orígenes despegándonos de todas las adherencias idealizadoras que las cuestiones fundacionales suelen adquirir a lo largo de la historia. En el caso de la Iglesia, esta idealización ha llevado a imaginar estos primeros siglos como un techado de virtudes, homogeneidad y claridad. Sin embargo, como vamos a ver, son años de experimentación en los que se inician diversos caminos de construcción eclesial, momentos también de conflicto, en los que coexisten diferentes maneras de entender la comunidad, su organización, su tarea, etc. Por tanto, años de gran creatividad y riqueza, vividos en la libertad del Espíritu de los hijos de Dios. Nos ha parecido importante recordar estas experiencias porque pueden ser iluminadoras también dos mil años después.

El material hace referencia a las dos primeras iglesias cristianas: la Iglesia de Jerusalén y la de Antioquia. La razón de esta elección se basa no sólo en el criterio cronológico (son las primeras) sino también porque son las dos iglesias implicadas en una decisión que ha sido determinante para la construcción de la iglesia tal como hoy la entendemos: la decisión de admitir a los paganos sin necesidad de hacerse previamente judíos. Por otra parte, para no complicar demasiado la cuestión, haremos algunas referencias a cómo fueron evolucionando algunas cuestiones en experiencias posteriores, sin fijarnos en las diversas iglesias en sí, sino en esos aspectos concretos como pueden ser los ministerios, el ejercicio del poder, el papel de la mujer, etc.

El cuadernillo, en consecuencia, queda dividido en tres grandes partes: la primera es una exposición de la vida de estas dos Iglesias, en su historia propia y en su historia compartida; la segunda trata de dibujar a grandes rasgos las evoluciones posteriores en algunas cuestiones, y la tercera algunos retos que se nos presentan desde los orígenes para la Iglesia de hoy.

2.- DE JESÚS A LA IGLESIA

Está claro que la preocupación fundamental de Jesús es el reino de Dios que viene y por eso llama a la conversión de su pueblo. El grupo de sus discípulos, moviéndose desde este programa sintetizado en las bienaventuranzas, es la gran profecía de Jesús lanzada sobre el mundo. Es la prueba y el anuncio de que se puede vivir de otra manera, y que esto lo desencadena el Reino que irrumpe desde los pobres para crear una nueva sociedad donde Dios es el Padre que ama a todos transformándonos en una comunidad de hermanos.

Jesús se dirige al pueblo de Israel para que acepte este Reino, al conjunto de este pueblo. La elección de un grupo de doce entre sus discípulos es un gesto simbólico con el que quiere poner de manifiesto precisamente que quiere comunicarse a todo Israel y promover la renovación definitiva del pueblo de las doce tribus. Jesús no se dirige a los paganos, aunque tenga algún contacto con ellos, pero eso no significa que su proyecto está cerrado a ellos. Por el contrario, si Israel se convierte al Reino, se transformará en “luz para las naciones” y provocará su aceptación por todas las gentes.

La muerte de Jesús aparece como el fracaso histórico de su pretensión y provoca la consiguiente desbandada en el grupo de seguidores. Sin embargo y contra todo pronóstico, tiene lugar el acontecimiento de la resurrección y la experiencia pascual de los discípulos. El encuentro con Jesús Resucitado supone el último paso y más importante en la conversión de los discípulos y en la comprensión de quién es Jesús, quién es el Dios de Jesús y cuál es su proyecto. Es de esta experiencia de donde nace la Iglesia en sentido estricto, y de ella está llamada a renacer siempre. Esta experiencia fundamental reúne de nuevo a los discípulos desde la convicción de que Jesús está vivo porque Dios le ha resucitado. Y continúan con el proyecto de Jesús de promover un movimiento de conversión de Israel al Reino de Dios, que queda a partir de ahora unido a la persona de Jesús.

Por tanto, la Iglesia es el resultado de un proceso histórico que se inicia y tiene su momento clave en Jesús. Sin embargo, eso no quiere decir que hay un momento fundacional concreto, como a veces se ha querido ver en el texto de Mt 16,18ss, y que unida a este, Jesús estableciera una determinada organización para su iglesia. Lo que si queda claro es el criterio que debe orientar la actividad de la Iglesia: el servicio al Reino de Dios.

3.- LAS DOS PRIMERAS COMUNIDADES

a.- LA IGLESIA PRIMITIVA DE JERUSALÉN

La comunidad de Jerusalén no fue la única que se establece a la muerte de Jesús, (también se establece una comunidad en Galilea, por ejemplo) pero sí la más importante. Jerusalén era el lugar idóneo para difundir el anuncio de Jesús, porque desde allí se podían dirigir a todo el pueblo de Israel.

Jerusalén era la ciudad fundamental para los judíos. En ella estaba el Templo, lugar donde habitaba Yahvé, único espacio donde dar culto verdadero. El Templo, además de espacio religioso, confería a la ciudad una gran capacidad económica, puesto que en torno a él se movían grandes impuestos, limosnas y actividades comerciales. La propia ciudad, además, se incluía en las esperanzas judías para el final de los tiempos, porque ella se convertiría entonces en el centro del mundo, ciudad santa en torno a la que la humanidad reconocería al verdadero Dios. Los judíos tenían obligación de peregrinar obligatoriamente a ella para visitar el Templo, y en las grandes fiestas, como la Pascua, la ciudad podía reunir hasta 125.000 peregrinos.

La comunidad que se establece en esta ciudad vive en la confianza de un pronto regreso del Señor y la instauración definitiva del Reino. En un principio no se separan del pueblo de Israel sino que son un grupo peculiar dentro de él, al que se le llama la "secta de los nazarenos".

Lucas (Hch 2,42-47; 4,32-35; 5,12-16) nos presenta un cuadro idealizado de la vida de esta primera comunidad. Sin embargo, estos rasgos nos permiten tener una idea de cómo era la vida de las primeras comunidades cristianas, también las posteriores a Jerusalén:

- "Perseveraban en la enseñanza de los apóstoles...": en esta comunidad de Jerusalén los recuerdos de la enseñanza de Jesús y en especial de la pasión y la experiencia pascual tuvieron mucha importancia. Entendieron como una tarea importante conservarlos: de hecho en ella tiene su origen la fuente Q, una colección de dichos y hechos de Jesús que utilizaron los autores de los evangelios de Mateo y Lucas como una de sus fuentes.
- "...y en la comunión de vida": la raíz de esta comunión es la misma fe común, y esta comunión tiene una expresión espiritual y también material, porque se comparten bienes. Sin embargo, no era absolutamente obligatorio entregarlo y compartirlo todo. Pero no debía haber pobres en la comunidad. Aún así, hubo serios conflictos a la hora de administrar y compartir los bienes.
- "Perseveraban en la fracción del pan...": desde el principio la eucaristía se convierte en el centro específico de la comunidad cristiana. Se exigen como condiciones previas para la participación la comunión en la fe y la solidaridad efectiva en la vida. Se celebraba en las casas, en los que se ha llamado "iglesias

domésticas”, de modo que el jefe de esa casa o familia desempeñaba un ministerio importante en la vida de la comunidad.

- “...y en las oraciones”: los primeros cristianos continúan frecuentando el Templo, pero también tienen sus oraciones propias, la más importante de las cuales es el Padre Nuestro.

Es probable que esta comunidad en un primer momento tuviera un eco positivo entre los judíos. También parece que algunos fariseos se unieron a ella, lo que refuerza el carácter marcadamente judío de la comunidad y algunos conflictos que se originarán después.

Respecto a la organización de la comunidad primitiva, hay que decir que en un primer momento no es una cuestión importante para una comunidad que vive convencida de la inminencia de la parusía (la vuelta del Señor) y del final de los tiempos, y que no se plantea una organización alternativa al judaísmo. De hecho, los Doce no parece que tuvieran una función de mando, sino sobre todo simbólica y profética, como símbolo de la plenitud del pueblo de Dios en el tiempo final. Su función va perdiendo sentido a medida que se va viendo claro el fracaso de la pretensión de conversión del pueblo judío y se va retrasando la parusía. Por eso, cuando matan a Santiago (año 41-44) no le buscan sustituto como se había buscado en un primer momento para Judas.

b.- PRIMEROS CONFLICTOS

Los cristianos de Jerusalén eran todos de procedencia judía, pero se diferenciaban por su cultura semítica (hebrea) o helenística (greco-romana). En Jerusalén había una colonia importante de helenistas, judíos de raza con cultura y lengua griega, que tenían su propia sinagoga y leían la Biblia en griego. Por su carácter helenista no hay que pensar que fueran menos fervorosos, pues el hecho de haber vuelto a la ciudad de origen refleja su amor por las tradiciones. También en la comunidad cristiana pronto hubo un sector hebreo y un sector helenista, y entre ambos grupos surgieron fuertes tensiones. Es el problema que nos narra Hch 6, 1-6. Es muy posible que las diferencias entre ambos grupos fuesen no solamente culturales, sino también económicas, porque los “helenistas” eran normalmente de situación más elevada¹. Los helenistas se quejaban porque sus viudas salían desfavorecidas en el reparto que se hacía entre los pobres de unos dineros que eran aportados fundamentalmente por ellos. En respuesta al conflicto, los apóstoles arbitran una solución: dotar a este grupo de una organización propia para la gestión financiera, en la que siete varones elegidos por la asamblea ejercieran las mismas funciones que los apóstoles tenían respecto de los “hebreos”. El número siete se explica por analogía a la junta directiva de los pueblos judíos y de las comunidades sinagogaes que estaba formada por siete

¹ Es significativo que tras la partida de los “helenistas”, la comunidad de Jerusalén sufriese graves dificultades económicas.

ancianos. La asamblea de la comunidad elige a los siete y los presenta a los Doce, que los “establecen” en la nueva función. Los personajes más destacados de este grupo serán Esteban y Felipe.

Poco después, en una fecha temprana, probablemente en torno al año 36, anterior a la conversión de Pablo, se produce una persecución de la comunidad cristiana, pero sólo del grupo helenista. Por supuesto, los “hebreos” y los “helenistas” también se diferenciaban en su interpretación del judaísmo y, concretamente, en su forma de entender la Ley y el Templo, que era más liberal en el caso helenista. Esto desata la ira de los judíos y como resultado, Esteban, la figura principal de los helenistas, es martirizado y los demás huyen de la ciudad. Estos helenistas fueron misionando las regiones que atravesaban en su huída, Samaria primero (Hch 8, 4-25), continuando por las ciudades de la costa mediterránea (Hch 8,40), hasta llegar a Antioquia, donde se propondrá por primera vez el evangelio a los paganos.

Si bien el grupo hebreo no sufrió esta primera persecución, se vio atacado más tarde, en tiempo del gobernador Agripa (años 41-44). Este se ganó a los sectores más tradicionales del judaísmo. La comunidad de Jerusalén suscitaba desconfianza en los judíos por su vinculación con unos judíos laxos que actuaban fuera de Judea (los helenistas), y se les empezó a ver como una secta extraña y enemiga en un contexto de exaltación nacionalista. Agripa para agradar a los judíos mató a Santiago (el hermano de Juan) y encarceló a Pedro que era aperturista hacia los gentiles. Pedro tuvo que huir de Jerusalén, y deja de ocupar el primer puesto en la comunidad de Jerusalén. En su lugar se coloca Santiago, hermano del Señor y líder del grupo hebreo, que dirigió la Iglesia de Jerusalén hasta el 62 en que fue martirizado. Durante este tiempo la Iglesia gozó de tranquilidad pues Santiago contaba con el prestigio de los judíos. A partir de entonces, el grupo cristiano tomará la organización judía como modelo, siendo los dirigentes de la comunidad un grupo de presbíteros presididos por Santiago.

c.- LA IGLESIA DE ANTIOQUIA

La iglesia de Antioquia fue la primera comunidad establecida fuera de Palestina. La que se llamaba Antioquia de Siria corresponde con la actual Antakya, ciudad turca fronteriza con Siria. Era una ciudad populosa, con gran mezcla de etnias, incluida una comunidad judía que estaba asentada en la ciudad.

Fue una comunidad fundada por judeocristianos helenistas que tuvieron que huir de Jerusalén con motivo de la persecución de la que nos informa Hch 8, 1-3 y que configuraron un estilo de cristianismo diferente del de Jerusalén, tanto teológica como organizativamente.

Esta iglesia expresó por primera vez un *cristianismo de orientación misionera*; esta es la gran novedad de la Iglesia de Antioquia. En esta comunidad se tomó, por primera vez, la opción decisiva de admitir a paganos en la comunidad sin hacerse

previamente judíos. En este momento el judaísmo ejercía un fuerte atracción sobre muchos paganos, que se hacían “prosélitos” o temerosos de Dios: sin convertirse plenamente ni circuncidarse, simpatizaban con el judaísmo y tenían un cierto acercamiento a la sinagoga. Esta clase de gente iba a ser terreno abonado para que prendiese el cristianismo. La formulación de la predicación utilizada es apropiada para los no judíos y no se habla ni del Mesías, ni del Hijo del Hombre, ni del Reino de Dios, sino del *Señor* Jesús.

En Antioquia también fue donde, por primera vez, los discípulos recibieron el nombre de cristianos (Hch 11, 26). Este nombre necesariamente tiene que habersele sido dado por quienes veían al grupo de los creyentes en el Señor Jesús desde afuera y lo percibían con una identidad propia y diferenciada ya del judaísmo.

Las figuras claves de esta iglesia son “profetas y maestros”, sin que se pueda diferenciar entre ellos, pues ambas funciones recaían en el mismo grupo de personas (Hch. 6, 3.5.10). Profetas y maestros parece que eran predicadores itinerantes y carismáticos, que se habían establecido en la comunidad, pero que estaban dispuestos a continuar la marcha si el Espíritu les impulsaba. Se les denominó en Antioquia apóstoles, al revés que en Jerusalén donde probablemente el título se reservó a los Doce. El apelativo lo encontramos en 14,4.14. Por tanto, desde el inicio, la iglesia de Antioquia adopta una organización diferente de la judía y de tipo carismático.

En la lista, sin duda tradicional, de profetas y maestros Bernabé² ocupa el primer lugar y Saulo (Pablo) el último. En el ambiente carismático de la comunidad, Bernabé y Pablo son enviados a misionar. Eran frecuentes en el cristianismo primitivo los misioneros y profetas itinerantes. Lo realmente nuevo es que ahora esta misión se realiza por encargo de la comunidad de Antioquia, en su nombre, con colaboradores dispuestos por ella y con una responsabilidad de la que hay que rendir cuentas. La Iglesia de Jerusalén, por el contrario, se considera el embrión de Israel, llama a los judíos a conversión, y espera que la manifestación de la soberanía de Dios sobre Israel producirá la peregrinación a ésta de todos los pueblos. La comunidad de Jerusalén se autodenomina la “ekklesia de Dios”, término utilizado en el AT para designar al pueblo de Dios, que se separa de todo lo profano. Los profetas que surgen en ella no tuvieron una función de dirección interna de la comunidad sino una actividad hacia fuera.

² En la Iglesia de Antioquia pronto destaca el papel de Bernabé. Era levita y originario de Chipre (Hch 4, 36) y, por tanto, influido por la cultura helenista, de recursos económicos. Procedía de los cristianos que salieron de Jerusalén y estaba interesado en establecer contactos entre su comunidad de origen y los cristianos de Antioquia. Organizó una colecta de los cristianos de Antioquia y la llevó a los “ancianos” de Jerusalén en señal de comunión. Con ella habría creado un modelo para la gran colecta que más tarde la Asamblea de Jerusalén impuso como obligatoria a todas las iglesias de los paganos (Gal 2, 10). Bernabé desempeña una función de mediación en la Iglesia primitiva. Lo hizo posibilitando el contacto de Pablo y los apóstoles de Jerusalén (Hch 9, 27), introduciéndole en Antioquia y, como veremos, lo hará más tarde en el conflicto que se planteará entre cristianos de esta ciudad y los enviados de Jerusalén (Gal 2, 11-14).

Por otra parte, otra diferencia importante que se establece entre las dos iglesias es que la de Antioquia se considera liberada de la Ley y separada o en vías de separación de la sinagoga, mientras que la comunidad de Jerusalén aún se considera una secta judía.

Pronto, la comunidad de Antioquia se hace más numerosa que la de Jerusalén. Además goza de una mejor situación económica debido a que algunos de sus miembros eran de una situación más elevada. Esto, unido a la relación con el judaísmo y la misión a los paganos, hace surgir conflictos importantes entre las dos comunidades.

d.- LA ASAMBLEA DE JERUSALÉN

Llamamos así al espacio en el que la comunidad de Jerusalén y la de Antioquia dilucidaron sus diferencias y examinaron las condiciones de comunión entre ellas. Tuvo lugar en torno a los años 48-49.

Existen dos versiones de este acontecimiento: Hch 15, 1-35 y Gal 2, 1-10. Hay diferencias entre ambas, porque las dos reflejan intereses redaccionales de sus autores, aunque en principio merezca mayor confianza Pablo. Sabemos que Lc desea subrayar la supeditación a Jerusalén y el papel de Pedro, a la vez que disminuye la gravedad de los conflictos. En Gal, Pablo sostiene una dura polémica con los judaizantes, que se han infiltrado en esta Iglesia, y en este contexto habla de la Asamblea de Jerusalén para reivindicar su autoridad y su mensaje, comentando la polémica que sostuvo en Jerusalén y en Antioquia en función de la que tiene actualmente en Galacia.

Lo que está en juego es la legitimidad del cristianismo antioqueno, su gran decisión de aceptar a paganos en la Iglesia sin hacerse previamente judíos y sin circuncisión. Es decir, está en juego las posibilidades de extensión del cristianismo. Pero esto tiene hondas repercusiones teológicas: ¿es Cristo el salvador o hay que seguir recurriendo a la Ley?, ¿nos salvamos por la fe y por la gracia o por las obras de la Ley?.

Lo que los dos textos permiten descubrir como acuerdos fundamentales es:

1. Representantes de la Iglesia de Antioquia van a Jerusalén para discutir este punto clave. Hay una preocupación por la comunión entre las iglesias y parece darse un cierto reconocimiento de la función preeminente de Jerusalén.
2. Bernabé y Pablo son los enviados por Antioquia, pero no van solos. En Hch 15, 2 se habla de "otros". En Gal 2,1 se dice que les acompaña Tito, cristiano procedente del paganismo y no circuncidado y, por tanto, magnífico ejemplo del comportamiento de Antioquía.

3. Se decide que los gentiles no tienen que circuncidarse para ser admitidos en la Iglesia. Se acuerda que las comunidades judeocristianas, representadas por Jerusalén, mantendrían su práctica habitual y continuarían respetando la Ley y practicando la circuncisión, mientras que –y aquí reside la novedad– se reconoce la legitimidad de la misión antioquina. Antioquia, símbolo de la comunidad pagano-cristiana, obtenía así el reconocimiento de su identidad específica, de un cristianismo emancipado del judaísmo. Se trata, sin género de duda del acontecimiento más importante de toda la historia de la Iglesia primitiva. Todo creyente es llamado en el estado en que se encuentra, sin que haya distinción entre el judío y el gentil: la salvación viene por la fe en Cristo y no por las obras de la Ley, por lo tanto, el cristianismo podía ser un proyecto universal.
4. Parece que nada más se impuso en la Asamblea de Jerusalén, excepto una colecta a favor de los pobres de esta ciudad (Gal 2, 10), asunto que preocupó a Pablo continuamente, porque para él expresaba la unidad de la iglesia formada por judíos y paganos. Por eso, él mismo se ocupará de llevarla a Jerusalén, para que sea aceptada por la comunidad judeo-cristiana, aunque esto le acarree ser detenido por los judíos y llevado a Roma, donde finalmente morirá.

En conclusión, la Asamblea de Jerusalén declaró la legitimidad del pagano-cristianismo de Antioquia sin pretender, por supuesto, descalificar la línea judeocristiana de Jerusalén. Pero ¿cómo podía mantenerse la comunión entre grupos cristianos con tradiciones culturales y orientaciones religiosas tan diferentes en caso de que coincidan en una misma iglesia local?. Esto no había quedado aclarado en la Asamblea de Jerusalén e iba a provocar el segundo incidente de Antioquia, que Pablo relata en Gal 2, 11-14.

Poco después de la Asamblea Pedro fue a Antioquia. La unidad de esta Iglesia se realizaba sobre las bases de la teología y del comportamiento de los cristianos procedentes del paganismo y Pedro, al principio, participaba de las comidas en común y de la eucaristía sin preocuparse de las prescripciones judías. Pero cuando llegaron de Jerusalén algunos del grupo de Santiago (Gal 2, 12), quizá enviados por él mismo, saltó el conflicto. Es notable que se denomine a los grupos cristianos por su procedencia étnica (“gentiles”, “judíos”, Gal 2, 12 ss.) lo que indica que el enorme peso de su tradición cultural de procedencia es más fuerte que toda otra consideración e impide la comunión. Por temor al grupo de Santiago, Pedro se separa de los pagano-cristianos y los demás judeo-cristianos, incluido el mismo Bernabé, le imitan. Se tienen reuniones separadas, eucaristías diferentes, iglesias domésticas incomunicadas.

Pedro se vio en el dilema de preservar la unidad de la Iglesia antioquina y prescindir de la Ley o permanecer fiel a ésta y a sus compañeros de Jerusalén, quebrando la unidad de aquella iglesia concreta. En realidad la actitud de Pedro se justifica

perfectamente con la letra del acuerdo de Jerusalén, porque él es un judío y, en principio, no debe renunciar a la Ley.

Pero esto desata la indignación de Pablo (Gal 2, 14). Para él era fundamental que la teología y práctica pagano-cristiana fuese la oficial en Antioquia, sobre la cual se estableciese la unidad de su iglesia. La actitud de Pedro lo impedía. Pablo se juega en ello la viabilidad de su proyecto misionero en el mundo pagano y, además, considera que con el mantenimiento de estas prescripciones legales se cuestiona a Cristo como único salvador. Es notable observar que después Pablo adopta actitudes más flexibles en problemas que son muy similares: 1 Cor 9, 19-23; Rom 14. Por ejemplo, en Gal 3, 28 proclama que “os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni varón y hembra, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” Pero esto era muy provocativo y ocasionaba demasiados conflictos; por eso, poco más tarde repite la proclama, pero suprimiendo la superación de sexos, que era el elemento que resultaba más subversivo (1Cor 12, 13). Igualmente en la Carta a los Romanos, manteniendo con radicalidad la justificación por la fe sin las obras de la Ley.

¿Cómo terminó el conflicto entre Pedro y Pablo?. No se nos dice directamente, pero parece que Pablo perdió la partida. Rompió la estrecha relación que había mantenido con Antioquia y en ninguna otra carta volvió a mencionar a esta ciudad. Después de este incidente Pablo emprendió una serie de viajes misioneros, en los cuales ya no era enviado de la comunidad de Antioquia. En Gálatas 2 no informa cómo terminó el conflicto, pero si su postura hubiera prevalecido le hubiese convenido mucho decirlo para su argumentación contra los judaizantes de Galacia.

Se plantean varios interrogantes: ¿se muestra Pedro cobarde y claudicante, mientras Pablo es valiente y coherente?, ¿o es Pablo inflexible e intolerante y Pedro flexible y abierto ante una situación nueva?

Es muy posible que la partida de Pablo evitase una ruptura abierta y que históricamente Pedro ejerciese un papel de mediación entre los diversos grupos cristianos de Antioquia. Era judeocristiano, pero más abierto que los del grupo de Santiago. Parece probable que la actitud de Pedro fuese un esfuerzo de mediación e integración entre el radicalismo paulino de la primera hora y el radicalismo judaizante. Y parece que tuvo éxito, de modo que la Iglesia de Antioquia dejó de caracterizarse por su pagano-cristianismo y se caracterizó por la síntesis entre los cristianos de la circuncisión y de la gentilidad.

Esta actitud de síntesis o mediación se expresó en el Decreto Apostólico de Hch 15, 20.29. Se trata de una reglamentación, emanada de la Iglesia de Jerusalén para hacer posible la convivencia de pagano-cristianos y judeocristianos en una misma iglesia. Lucas omite el segundo conflicto de Antioquia entre Pedro y Pablo y coloca el Decreto entre las disposiciones de la Asamblea. Pero ya hemos visto que se trata de cosas diferentes. Este Decreto impone a los pagano-cristianos los deberes que el Pentateuco (Lev 17-18) consideraba obligatorios para los extranjeros residentes en el pueblo de Israel: que se abstengan de la carne sacrificada a los dioses paganos, de las

uniones irregulares enunciadas en Lev 18, de la carne de los animales que no hayan sido previamente desangrados y de la sangre. El Decreto Apostólico pretende proporcionar una unidad de compromiso sobre la base de unos preceptos mínimos de la Ley judía que se consideran obligatorios para todos.

e.- DESARROLLOS POSTERIORES

I. La Iglesia de Jerusalén

En el año 70, las tropas romanas invaden Jerusalén, destruyen el Templo y anulan la relativa independencia judía. Esto supone una gran crisis para el judaísmo. En esta circunstancia la iglesia cristiana compitió con el fariseísmo en una pugna por imponerse como corriente mayoritaria, es decir, la comunidad cristiana hizo un nuevo intento de convertir a Israel a Jesucristo, pero fue el fariseísmo el que se impuso. Comienza así una etapa con un judaísmo mucho más uniforme, que huye de toda desviación buscando la conservación de la identidad desde la uniformidad. Esto provoca que la secta judeo-cristiana empiece a ser perseguida y sea expulsada de la sinagoga. Poco a poco se va produciendo un oscurecimiento histórico y teológico de la iglesia de Jerusalén, de modo que el centro del movimiento cristiano pasa a Antioquia y después a Roma.

En el año 135, tras la segunda guerra judía, Jerusalén es definitivamente destruida y muchos judíos expulsados. La ciudad se repuebla con población pagana, que formarán la nueva comunidad cristiana de la ciudad. Sin embargo, la comunidad judeo-cristiana se mantendrá muchos años, pero en permanente disputa con esta nueva iglesia de la gentilidad que se ha asentado en Jerusalén. De hecho, mantendrán sus propios lugares de culto y algunas costumbres propias, como la fecha de la pascua judía, o la lengua. Terminaron siendo considerados una secta cristiana, que sobrevivió hasta al menos el siglo V.

II. La iglesia de Antioquia

Para hacernos una idea sobre la segunda generación que viven en esta iglesia, tenemos el testimonio de un documento clave, el evangelio de Mateo, que se caracteriza por ser un proyecto de mediación entre los diversos elementos de una iglesia muy plural. Este texto consigue sintetizar tradiciones judías muy particularistas (10, 3-6;15,24) con otras universalistas de origen helenístico (28, 16-20); tradiciones judías estrictamente legalistas (5, 18-19) con otras más críticas ante la Ley (5,31s.38s.43ss.;12, 1-8). También refleja el papel fundamental de mediación que ha ejercido Pedro en esta iglesia y propone la tradición en torno a su persona (petrina) como el fundamento que debe garantizar la unidad de toda la iglesia.

III. La comunidad joánica

También puede ser interesante decir una palabra sobre alguna comunidad no relacionada con Pablo, como es la comunidad joánica. Esta comunidad habría pasado por diferentes etapas. En su origen estaría un grupo de judíos, radicados posiblemente en Palestina, que aceptaron el mensaje de Jesús y se habían agrupado en torno a un hombre que había conocido a Jesús durante su vida pública y le había seguido³. A este grupo inicial, en el que también parece que había discípulos de Juan Bautista, se unieron pronto judíos críticos con el Templo y algunos samaritanos. En esta etapa se impulsó una cristología más desarrollada que afirmaba la preexistencia y la divinidad de Jesús, y por ello, fueron expulsados de la sinagoga y del judaísmo oficial. A partir de entonces los judíos se convierten en prototipo de incredulidad y la comunidad se abre a los gentiles. No está claro, pero parece que en este momento también la comunidad deja Palestina y se traslada a Asia Menor (se habla del entorno de Efeso como nuevo lugar de residencia), con lo que se enfrenta entonces con el nuevo reto de inculturar el mensaje de Jesús en otro molde cultural. Parece que es allí donde se escribe el Evangelio, en torno al año 90, y en él se reflejarán estas circunstancias ya mencionadas: la separación del judaísmo, la apertura a los gentiles para los que se traducen los términos semíticos, pero también refleja una cierta tendencia al aislamiento de la comunidad dentro de su entorno y de las demás comunidades cristianas, que no comparten su cristología. Se polemiza con los cristianos por su judaísmo larvado, su tibieza en la profesión de fe y de la preexistencia de Cristo; y en época más reciente, con los que no afirman la realidad humana de Jesús.

En esta comunidad tiene mucha importancia la relación del cristiano individual con Jesucristo. Por eso, lo que constituye la dignidad principal en la comunidad cristiana es la condición de discípulo, de seguidor, de la que todos los miembros disfrutaban. En esta tradición no hay indicios de otros cargos o carismas por los cuales alguien pueda estar por encima de los demás, al menos inicialmente.

Sin embargo, las cartas de Juan, que se escriben en torno al año 100, es decir, después del Evangelio (aunque este aún pasará por otras etapas antes de la redacción definitiva), muestran una situación comunitaria distinta. Las tensiones han surgido dentro de la misma comunidad, debido tanto a divergencias cristológicas como a diferencias en la gestión de la vida común. Se advierte el inicio de una organización "monárquica" de la comunidad local no muy bien soportada por los líderes carismáticos itinerantes ni suficientemente aceptada dentro de la comunidad. Estas luchas internas debilitaron la comunidad que terminó desapareciendo.

³ La tradición ha identificado a esta persona con Juan, uno de los doce. Sin embargo, es un asunto discutido. Tampoco está claro si Juan y el discípulo amado son la misma persona, si son personas diferentes o si más bien la denominación "discípulo amado" se refiere al discípulo ideal

f.- EN SÍNTESIS...

El movimiento cristiano se encontró inicialmente con dos retos: vivir como un movimiento alternativo de renovación del judaísmo, e introducirse en otra mentalidad y cultura distinta que es la romana o helenista. Ambos fueron inicialmente impulsados y sostenidos por judíos creyentes, hombres y mujeres.

Para el primero de estos retos, los cristianos de origen judío contaban con la ventaja de compartir cultura y tradición, pero precisamente por eso, las innovaciones resultaban muy problemáticas, pues amenazaban rasgos definidores de la identidad judía. Inevitablemente la tensión desembocó en la separación definitiva de judíos y cristianos.

Ante el reto de acercarse a los gentiles, las comunidades cristianas desarrollaron un movimiento misionero que tuvo que abrirse a personas de experiencia cultural, nacionalidad, clase social y convicción religiosa muy diferente. Esto propició la creatividad y la aparición de experiencias diversas como respuestas a un objetivo común.

4.- ALGUNAS CUESTIONES Y SU EVOLUCIÓN

a.- EXTENSIÓN

En el debate entre judíos y helenistas del que hemos hablado anteriormente, salió reforzada una determinada manera de entender la Iglesia: la Iglesia es el pueblo de Dios, al que no se pertenece por ser judío, sino por creer en Jesucristo. Por tanto, la iglesia es potencialmente universal y debe dirigirse a toda la humanidad, es decir, debe abrirse a la misión. Esta es la razón del dinamismo misionero que se va a generar en los primeros siglos.

A finales del siglo I había comunidades cristianas en Palestina, Siria, Chipre, en todo Asia menor, en Grecia y en Roma. Esta expansión corre a cargo sobre todo de los llamados cristianos helenistas, entre los que cabe destacar a Pablo y sus colaboradores. Donde quiera que el cristianismo arraigaba, se formaba una comunidad de personas unidas por una misma fe, decididas a llevar un cierto estilo de vida y con fuerte conciencia de grupo. Por eso al principio la palabra *iglesia* (es una palabra que se toma del ámbito civil) designaba la comunidad particular de un determinado lugar. Cada iglesia local era iglesia en sentido pleno porque cada una se sustentaba en la fe en Cristo de los fieles, en el bautismo y la eucaristía, en los carismas y servicios de cada uno, y finalmente, en los ministerios. Pero al mismo tiempo Iglesia significaba comunión con las distintas iglesias locales.

Debido a la autonomía de las distintas iglesias locales, una característica fundamental de la iglesia antigua es la pluralidad: había diferencias en la liturgia, en la organización e institucionalización eclesial, en las formas confesionales, en las costumbres piadosas...Las iglesias fueron conscientes de esta pluralidad, pero esta no fue vivida como un defecto, sino como una prueba de que la unidad de los cristianos se basaba en la confesión de una misma fe y no en las formas eclesiales.

Pablo marca estilo a la hora de extender la iglesia:

- Su objetivo es fundar comunidades cristianas en las grandes ciudades que son capital de provincia o nudos de comunicación. Esto se debe a varias razones: las ciudades participan de una cultura común, la cultura helenística; en ellas se habla un mismo idioma, el griego que fue progresivamente desplazado por el latín (esto no ocurría en el campo, donde los campesinos hablaban lenguas vernáculas); entre ciudades había buenas comunicaciones y los caminos eran seguros, etc. Se trata, por tanto, de un cristianismo urbano, helenista y sedentario, en el sentido de que se basa en comunidades estables.
- En primer lugar, se dirige a los judíos de cada ciudad. Para ello aprovecha la sinagoga como plataforma donde dar a conocer el mensaje cristiano. Entre los judíos el mensaje no tiene éxito, pero sí entre los prosélitos (es decir, no judíos que se habían convertido a la religión judía o que siendo afines a la fe judía no se

habían llegado a convertir). Sólo cuando los judíos le rechazan, Pablo se dirige a los no judíos.

- Para ello, se apoya en una estructura fundamental de la sociedad del momento, la casa. La casa es un grupo humano más amplio que la familia nuclear, encabezada por el *pater familias*, al que están sometidos mujer, hijos y esclavos. La estrategia paulina fue hacer de la casa la estructura base de la comunidad cristiana. Pablo se preocupó de conseguir pronto en cada lugar la conversión de un *pater familias* que le proporcionase una casa adecuada como plataforma misionera y localización de la comunidad. Hay que decir que esta es una opción con consecuencias y que no fue la adoptada, por ejemplo, por la comunidad joánica, menos preocupada por la extensión.

b.- CRISTIANISMO Y SOCIEDAD

La actividad que desarrolló Jesús tuvo como eje central la proclamación del Reino de Dios. Jesús fue un líder carismático e itinerante que se movió fundamentalmente en el ámbito de lo público, de lo político.

Tras la muerte de Jesús, se producen algunos cambios. El objeto principal de la predicación ya no es tanto el Reino cuanto el propio Jesús. Los primeros impulsores del movimiento cristiano, Pablo especialmente, se encuentran con la tarea de extender una doctrina totalmente minoritaria, que ha nacido en una cultura (la judía) también minoritaria y que sin embargo, se descubre con un potencial y una vocación universales. La estrategia de Pablo no busca una confrontación inicial con el imperio romano, ni un cambio de sus estructuras, sino que su objetivo es la extensión del movimiento sin suscitar excesivos problemas que lo impidan. De hecho, en la medida en que se iban separando de las sinagogas y, con ello perdían el amparo legal del que gozaban las comunidades judías, los cristianos se encontraban en una situación difícil. El mismo Pablo conoció dificultades, persecución y cárcel de parte de los romanos (2Cor 11,23.26.32; 6,5). Para la extensión, entonces, Pablo aprovecha las estructuras sociales aceptadas y estables, para garantizar que el nuevo movimiento pudiese mantenerse y extenderse. La encarnación en estas estructuras evitó el sectarismo tanto de tipo judaizante, basado en la exclusión étnica (para los judíos, Dios había elegido a un pueblo, el suyo, y sólo a ese), como el de tipo helenista, de corte elitista (para ser cristiano no se necesitaba un nivel cultural o una capacidad económica determinada como ocurría con algunas sectas romanas). Pablo buscaba también mantener puentes con el entorno para facilitar la apertura misionera y que las personas tuvieran la posibilidad de integrarse en las comunidades sin tener que sufrir un aislamiento social. Por tanto, se puede decir que la estrategia de Pablo es posibilista, y que busca dar una solución a cómo ser cristiano en medio de una sociedad pagana a través de lo que podríamos llamar una “religión doméstica”.

Esta estructura social básica en la que Pablo va a apoyar el movimiento cristiano es la casa. Este término se refería tanto a la vivienda o espacio físico como al grupo humano que en ella vivía, que era más amplio de lo hoy llamamos familia, puesto

que abarcaba, además de padre, mujer e hijos, a otros allegados, esclavos y dependientes.

Aunque esta religión doméstica promovida por Pablo no aspira a transformar la estructura del Estado romano, sí busca conseguir una verdadera influencia social. Es decir, quiere dar a la estructura habitual un espíritu nuevo. Esto se refleja en dos aspectos, auténticas innovaciones históricas de estas primeras comunidades: la heterogeneidad social y el protagonismo de las mujeres. Vamos a explicar estas dos características más despacio.

Desde el principio las comunidades cristianas son heterogéneas: están compuestas por personas de distintas culturas y diferentes clases sociales. No son sólo los pobres los que se sienten atraídos por el mensaje cristiano sino que también gente con recursos entra a formar parte de las comunidades. Este mestizaje cultural y social queda patente en Gal 3,28: “Ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, ni varón y mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús”. En realidad se aceptan las diferencias sociales como algo dado, pero se exige que dentro de la comunidad cristiana las relaciones se basen en el respeto y el interés por los demás. Esta elevada medida de fraternidad fue un elemento muy importante en el desarrollo de las comunidades.

Pero estas características se convierten pronto en fuente de conflictos:

- Pablo reprende a la comunidad de Corinto porque las diferencias entre ricos y pobres producen marginaciones incluso en la celebración de la Cena del Señor (1Cor 11, 18-22)
- La presencia de mujeres en las comunidades es un motivo de conflictividad social, pero también de conflicto interno porque las mujeres, que habían tenido un papel muy activo en el grupo de Jesús, reaccionan cuando se introduce en las comunidades el talante dominante en la sociedad sobre lo femenino. Todo esto acaba provocando la incorporación de los “códigos domésticos” a la tradición cristiana. Los deberes recíprocos de los miembros de la casa romana se inculcaban a través de unos textos llamados “códigos domésticos”, los cuales acaban incorporándose en la literatura cristiana primitiva (Col 3, 18-4; Ef 5, 21-6; 1 Pd 2, 18-3). La estructura formal de dichos códigos es la siguiente:

“Mujeres sed sumisas a los maridos,
maridos amad a las mujeres;
hijos obedeced a los padres,
padres no exasperéis a los hijos;
esclavos obedeced a los amos,
amos obrad justamente con los esclavos.”

En los códigos domésticos se contempla la autoridad del padre sobre todos los de la casa, todo en ella gira en torno a las órdenes del padre. En ellos se expresa la

aceptación por parte de las comunidades cristianas del orden social patriarcal y jerárquico. Sin embargo, a pesar de la pérdida que esto supone, la formulación de Colosenses, que es la más antigua, incorpora una serie de rasgos que no son propios de los códigos romanos y que suponen un cambio de mentalidad:

- o Inculca deberes recíprocos en las relaciones mujer/hombre, hijos/padres, esclavos/amos.
- o A la parte fuerte (varón, padre y amo) se le recuerdan sus deberes con la parte débil.
- o Las mujeres, niños y esclavos son considerados sujetos responsables y se les exhorta directamente.

Esto es una prueba de la capacidad de innovación del cristianismo sobre una estructura y una tradición sobre la que se incultura. Aún así, la introducción de estos códigos legitima el orden social patriarcal y jerárquico, y con ellos, se da paso al proceso de patriarcalización de la iglesia.

Para estas primeras comunidades ser cristiano significaba vivir una nueva vida que se concretaba en la práctica de unas “pequeñas virtudes” en medio de un ambiente hostil que no demostraba ninguna sensibilidad por ellas. Eran, por ejemplo, la paz, la humildad, la paciencia, la templanza... todas ellas virtudes no valoradas en el mundo romano que exaltaba la disciplina, la nobleza, la bravura, el coraje. Sin embargo en el cristianismo hay una llamada a ver a Dios en las pequeñas realidades de la vida diaria (1 Cor 10,31), la disposición a pasar desapercibido sin llamar la atención (Lc 14,7-10; Rom 12,10), la sinceridad (Mt 5,35), la despreocupación por el día de mañana (Mt 6,32-34), la perseverancia (Lc 9,62; Mt 24,13).

Ya hemos dicho que la forma más primitiva y original de vivencia eclesial consistía en reuniones comunitarias en las casas particulares. Allí se hacía memoria de la enseñanza de los apóstoles, se partía el pan (eucaristía) y se fomentaba la unión mutua con especial atención a las necesidades de los pobres.

Así, los cristianos viviendo como hermanos, en la cotidianidad de los pequeños gestos, realizaban la tarea más difícil, que consiste en fermentar la sociedad desde dentro hacia fuera, desde la comunidad doméstica a la gran sociedad.

La práctica de la fraternidad en las comunidades cristianas se traducía en muchas ocasiones en la existencia de una caja común que servía para asistir a ancianos, viudas, esclavos ancianos, etc, y que abastecían principalmente los miembros más ricos de la comunidad.

Por otra parte, frente al mundo pagano que consideraba el trabajo como algo penoso y para esclavos, el cristianismo y la iglesia lo revalorizaron. Pablo era constructor de tiendas y vivió de su trabajo, renunciando a ser mantenido por sus comunidades. Sus adversarios le recriminaron este comportamiento, acusándole de no ser un verdadero apóstol (1Cor 9,3). En realidad, Jesús había enviado a la gente sin alforja y recomendando que se quedara en las casas donde les acogieran. Sin embargo, Pablo considera que el trabajo es una garantía de libertad y prueba de desinterés, y cree que

además es un buen medio para poner de manifiesto a un Mesías siervo crucificado. Sin embargo, algunos trabajos fueron en seguida rechazados (por ejemplo el trabajo en templos paganos) o mal vistos (como el comercio de dinero, transacciones bancarias o préstamos, o los oficios de armas).

El bautismo era el paso fundamental en la vida del cristiano pues por él pasaba a ser miembro de la comunidad. Por eso era recordado frecuentemente, tanto en la liturgia pascual con la renovación de las promesas del bautismo, como en las ocasiones en el que el cristiano era llamado a testimoniar su fe.

c.- LA MUJER

Como hemos dicho, una de las cuestiones importantes de las comunidades cristianas fue la incorporación de mujeres y la participación activa de estas. Tanto la sociedad judía como la romana eran sociedades ambiguas con respecto al papel que las mujeres podían jugar en ellas. La sociedad y la Ley judía eran, en ese momento, preponderantemente patriarcales: el divorcio era una prerrogativa del hombre; la circuncisión, señal de pertenencia al pueblo judío, era un rito absolutamente machista e imposible para las mujeres; las normas de pureza legal controlaban la vida de las mujeres más que la de los hombres y determinaban restrictivamente su acceso a Dios (véase Lv 12, 1-8; 15, 19-30); el testimonio de una mujer no era válido en ningún tribunal; su participación en el culto religioso era muy restringida y supeditada al varón, etc. En el mundo greco-romano el matrimonio era considerado un mero contrato y no existía el valor de la fidelidad conyugal.

El movimiento de Jesús es un movimiento inclusivo, que incorpora a los que son despreciados por la sociedad y la cultura de entonces. Esto significa que, además de a los pobres, extranjeros, enfermos, etc, incluye a la mujer. La presencia de las mujeres en el grupo de Jesús es patente. Forman del grupo de los discípulos que acompañan a Jesús a lo largo de su vida pública itinerante. Así mismo, los evangelios no ocultan un dato importante a pesar de ser escritos en una cultura patriarcal: son las mujeres las que permanecen hasta el final, hasta la cruz, y las que viven en primer lugar la experiencia de encuentro con el Resucitado. Son ellas, pues, las primeras proclamadoras del anuncio pascual.

En las comunidades cristianas iniciales se mantiene esta característica que acababa con las diferencias que separaban a las personas y se vive una situación de singular igualdad: el esclavo, el liberto, el ciudadano, el artesano, la mujer... participan en pie de igualdad. Las comunidades se convierten en espacios con un gran atractivo para las mujeres romanas en un momento en que empiezan a aparecer tendencias que reclaman una mayor participación pública de la mujer. Las cartas de Pablo indican que las mujeres participaban activamente en el movimiento cristiano, al mismo nivel que los varones, ejerciendo funciones misioneras, de enseñanza y de liderazgo de las comunidades:

- Se señala a varias mujeres que han sostenido y fundado iglesias domésticas: Apfia, junto con Filemón y Arquipo, era líder de una iglesia en su casa (Col 4, 15); Priscila con su marido Aquila son los jefes de una iglesia en Éfeso primero (1 Cor 16, 19) y en Roma después (Rom 16, 3-5); Lidia fue la primera convertida en Filipo y parece que en su casa radicaba una iglesia doméstica (Hch 16, 15). De la iglesia de la ciudad de Filipo, conocemos el nombre de dos mujeres, Evodia y Síntique, que debían de ser muy importantes, porque a Pablo le preocupa las repercusiones que podía tener para la comunidad la rivalidad que ha surgido entre ellas (Fil 4, 2-3).
- Pablo nombra a gran cantidad de mujeres con un papel activo dentro de sus comunidades. Entre ellas, Febe, probablemente portadora de la Carta a los Romanos, ocupa un lugar destacado. Pablo dice que es diácono y patrona o presidenta de la iglesia de Cencreas (puerto de Corinto) (Rom 16, 12). Como se trata de una mujer, con frecuencia los intérpretes intentan rebajar el sentido de estos títulos. Pero la raíz griega de la palabra que se traduce como patrona o presidenta es usada por Pablo para designar las tareas de los que gobiernan la comunidad. Cuando llama a Febe diácono no es correcto entenderlo como si de una función eclesial subordinada se tratase, por ejemplo de atender a los pobres, a los enfermos y ayudar a vestir y desvestir a las mujeres en su bautismo. Así sería en los siglos posteriores el papel de las diaconisas. En el sentido paulino, el diácono es responsable de toda la iglesia e implica el oficio eclesial de misionar y de enseñar.

En resumen, en el movimiento cristiano misionero encontramos muchas mujeres y muy activas. Aparecen, a veces, colaborando en pie de igualdad con Pablo, enseñando como misioneras itinerantes, y se las designa apóstol, diácono, protectoria o dirigente. En este momento encontramos mujeres en todos los ministerios y responsabilidades eclesiales mencionadas.

Sin embargo, en las cartas de Pablo podemos encontrar también expresiones y recomendaciones que parecen desmentir una actitud que en principio parece muy favorable hacia el papel de las mujeres. Ante esto, hay que hacer varias puntualizaciones. La primera, que no todo lo que se le atribuye a Pablo es verdaderamente de su cosecha: por eso se habla de cartas auténticas de Pablo y cartas de la escuela paulina. Las cartas auténticas son 1 Tes, Gál, Fil, 1 y 2 Cor, Rom, Flm. La segunda, que en el tema de la mujer se pone de relevancia la ambigüedad con la que Pablo se enfrenta a la cuestión de la relación entre el cristianismo y el mundo.

Pablo se mueve entre el deseo de expansión y de una relación lo menos problemática con el imperio que facilite esto, y el deseo de mantener el mensaje original de Jesús. Esto le lleva a hacer difíciles equilibrios como el que se pone de manifiesto en 1 Cor 11,2-16. En este pasaje se pone de manifiesto que en la comunidad de Corinto hay mujeres que oran y profetizan en el culto como dirigentes y que Pablo considera esto como una actividad normal. Pero lo que causaba escándalo es que lo hicieran sin velo. La forma de vestir y el porte en general tienen un valor simbólico. Las mujeres

corintias rompían las convenciones sociales y expresaban su conciencia de libertad e igualdad. Es decir, sacaban las consecuencias de la fe en la que les habían instruido: "En Cristo no hay varón y hembra". Pero esto resultaba enormemente perturbador y escandaloso. Se crean problemas en el desarrollo de la asamblea y se escandaliza a los no cristianos, a los que, Pablo dice, debe admitirse a las reuniones para que conozcan a la comunidad. Pablo en realidad reconoce lo discriminatorio de la medida pero les exige prudencia y que no hagan ostentación de su libertad con un comportamiento externo que planteaba graves problemas a la comunidad en su vida interna y en su relación con la sociedad. A diferencia de la actitud que mantiene en el problema de las relaciones con los paganos, aquí pide a las mujeres flexibilidad y sumisión a determinadas normas patriarcales. La actitud del apóstol es muy matizada y no diluye la capacidad de innovación histórica de la fe. El problema va a estar en cómo va a ser desarrollado muy pronto por la tradición que lleva su nombre.

Así mismo, Pablo llega a recomendar a las jóvenes que no se casen, lo cual es una auténtica revolución social y una sublevación contra el orden patriarcal vigente, puesto que el matrimonio y la maternidad era la función social femenina. Por otra parte, cuando habla del matrimonio defiende la igualdad y la reciprocidad de las relaciones entre los sexos.

Las cartas posteriores, que no fueron escritas por Pablo sino que se le atribuyen para asegurar su autoridad, reflejan el proceso de institucionalización y patriarcalización que van sufriendo las comunidades. En una de ellas se plantea el problema de las "viudas" (1 Tm 5, 2-16). Hay que entender por tal al grupo formado por mujeres cristianas no vinculadas a varón y que contaban con un reconocimiento eclesial. A medida que la patriarcalización progresaba, el grupo de las viudas crecía, porque muchas mujeres lo veían como el único medio para mantener una forma de vida relativamente emancipada y vivir con mayor libertad. Por eso, el autor quiere que se reduzca su número. Para ello, ordena que todas las jóvenes se casen. Es decir, contradice frontalmente a 1 Cor 7, donde se recomendaba la virginidad.

El conflicto suscitado por la defensa de la igualdad primera en la vida interna de la Iglesia y en sus relaciones con la sociedad, no amainó a lo largo de los siglos II-III. La patriarcalización de la vida eclesial no se realizó sin oposición y tuvo que sobreponerse a una teología y a una praxis que reconocía el protagonismo y liderazgo de las mujeres.

d.- ESTRUCTURA Y ORGANIZACIÓN DE LAS COMUNIDADES

Como hemos visto, la institución más antigua es la de los Doce, que aparece en la comunidad de Jerusalén y que tiene sobre todo una función simbólica y profética. Es una institución que tiene como modelo la organización de la comunidad judía. Sin embargo, en las iglesias que surgen en el mundo helenista aparecen otros modelos organizativos.

La imagen de “cuerpo de Cristo” (Rom 12,5; 1Cor 12, 12-27) es fundamental para entender la idea de iglesia que Pablo tenía y que intentó impulsar. Pablo concibe la iglesia como una comunidad en la que todos son importantes en cuanto miembros de ésta, no por la función concreta que desempeñan. En esta concepción prima el concepto de comunidad, comunión. Por tanto, la igual dignidad de todos, dada por el bautismo, está por encima de las diferencias carismáticas o ministeriales de cada uno. La palabra *carisma* hace referencia a un don o una gracia otorgada por el Espíritu a la persona y se refiere tanto a capacidades naturales (1Cor 1, 4-7) como a sobrenaturales (Rom 1,11; 1Cor 12,1). Para Pablo, es imposible pensar en una Iglesia donde no se dieran carismas; es decir, no son algo excepcional ni reservado al grupo dirigente. Además, estos no son dones individuales sino comunitarios, es decir, se reciben para estar al servicio de la comunidad. Por eso, para Pablo los mejores carismas son los que contribuyen al amor y a la edificación de la iglesia (1Cor 12,25). La unidad, por tanto, proviene de la cooperación de los diversos carismas, no de la uniformidad.

Esta idea de iglesia que defiende Pablo en realidad se sustenta en la reinterpretación que Jesús había hecho del poder y que Pablo asume: un poder que se expresa como servicio y como renuncia a un valor fundamental en aquella cultura que es el honor debido a los altos linajes. Jesús apostó por el poder del amor y Pablo asume que este debe ser el dinamismo fundamental de las relaciones internas de la comunidad cristiana.

Sin duda, Pablo tiene gran poder en las comunidades que ha fundado, pero el estilo con el que lo ejerce más bien parece el de un padre que enseña, corrige, reprende y se propone como ejemplo a imitar (1Cor 4,16; 10,33-11,1; Fil 3,17; Gal 4,12). Normalmente, emplea un estilo exhortativo y argumentativo. Interviene con poder cuando hay un precepto explícito del Señor respecto a un tema (1Cor 7,10; 9,14), porque se siente muy obligado por la fidelidad a lo recibido. Pero cuando no hay un precepto del Señor deja claro que lo que expresa es su opinión (1Cor 7,25) e insta a que la comunidad saque sus propias conclusiones: “Os hablo como a prudentes. Juzgad vosotros lo que digo” (1 Cor 10,15).

Defender el carácter carismático de la comunidad no significa pensar que las comunidades paulinas fueron grupos desorganizados. Todos son iguales en dignidad, pero cada uno tiene una tarea dentro de la comunidad. Probablemente los ministerios de dirección tienen su explicación en la propia configuración de la casa romana: el pater familias, presidente de la casa, evoluciona hasta ser principal

responsable de la iglesia que se origina en torno a ella. Estos hombres solían ser gente emprendedora y con recursos económicos. En todos los casos debían ser avalados por el apóstol y por el resto de la comunidad. Pablo se rodea de estos colaboradores a los que no llama ancianos o presbíteros, siguiendo la tradición de Jerusalén, sino que se refiere a ellos como “aquellos que se esfuerzan”, “los colaboradores” (1Cor 16,16) o “los que presiden” (1Tes 5,12). Sólo en Flp 1,1 Pablo habla de “obispos y diáconos”. Parece que en este momento tienen una función de inspección y organización, es decir, poco que ver con las funciones que luego tendrán los obispos.

Además de este carisma de dirección, en las comunidades paulinas aparecen también los ministerios de profeta y maestro (a veces no se distingue entre estos dos términos), que en ese momento se consideraban más importantes puesto que se encargaban de enseñar y transmitir los fundamentos de la fe y discernir la voluntad de Dios desde los acontecimientos de cada día. Los profetas solían andar de manera itinerante entre las comunidades, aunque algunos terminaron estableciéndose en alguna y ocuparon puestos importantes de dirección en ellas. Puesto que podía iluminar una situación comunitaria desde el mensaje de Jesús, el profeta era un líder nato dentro de la comunidad. Por otra parte, el profeta mantenía viva la esperanza de una pronta venida definitiva del Señor.

Así, en un principio, se podría distinguir entre dos grupos en las comunidades: uno implicado dentro de las cuestiones más prácticas –cuidado de enfermos, hospitalidad, administración o provisión de las casas para las reuniones del grupo- y otro centrado en la enseñanza y transmisión de la revelación. Podemos decir que en Pablo no hay un concepto definido de ministerio, pero sí una designación de tareas, puestos y funciones en la comunidad que se entienden como un servicio a ella.

A la muerte de Pablo, es probable que se produjera una crisis de dirección en las comunidades por la desaparición de su líder carismático. Las cartas a Colosenses y Efesios reflejan los problemas que empiezan a surgir. De hecho, éstas son escritos pseudonímicos, es decir, atribuidos a Pablo pero escritos por sus discípulos. Esto demuestra que el movimiento paulino continuó después de la muerte del apóstol. Junto a la ausencia del apóstol, confluyen algunas circunstancias que favorecen el asentamiento de las estructuras organizativas y de poder:

- el crecimiento de las comunidades,
- la cada vez mayor distancia con el acontecimiento fundacional y la desaparición de los apóstoles y testigos directos
- el miedo a la falsa doctrina,
- la idea inicial de que era inminente el final de los tiempos da paso a la convicción de que la Iglesia se tiene que preparar para durar, para mantenerse en un tiempo que se adivina será largo.

Este asentamiento se traduce en una mayor institucionalización y patriarcalización de las comunidades:

- El poder se va concentrando en unos líderes siguiendo el mismo modelo que funcionaba en la familia, es decir, líderes varones, prestigiosos socialmente y probados en su fe.
- Las cartas pastorales (más tardías) nos muestran a las comunidades dirigidas por colegios de *presbiteros/episcopos*. La tarea de los obispos se convierte ahora en un ministerio, es decir, una institución de carácter sagrado puesto que es una autoridad derivada de los apóstoles.
- La función de enseñanza va quedando en manos de los *presbiteros/episcopos*, en lugar de los profetas. A lo largo del siglo II se va produciendo un gradual declive del profetismo y un avance en la conciencia de que son los obispos los que conservan el espíritu de profecía.
- La pluralidad de funciones y carismas se va concentrando en los ministros. Este proceso de institucionalización condujo a la desaparición de los carismáticos que estaban fuera del control episcopal, como los profetas. De hecho, uno de los criterios para distinguir entre profetas verdaderos y falsos será su acuerdo con la doctrina apostólica transmitida por los obispos.
- El ministerio se divide de forma distinta en las diferentes iglesias, manteniendo una pluralidad que hace difícil establecer el concepto y la delimitación del cargo. Además de obispos, presbíteros y diáconos (ahora ya en esa sucesión jerárquica) había confesores, viudas, lectores, vírgenes, subdiáconos, acólitos, exorcistas, ostiarios.

Fuera de las comunidades paulinas, en el siglo II hay un intento de recuperar la corriente profética y carismática en la Iglesia que se da en las comunidades joáneas (que tienen en su origen la tradición de Juan) y que se pone de manifiesto en el Evangelio de Juan. Juan subraya la presencia del Espíritu en la Iglesia y resalta la importancia de la relación de cada discípulo con el Resucitado. Por eso, en la comunidad no hay tanto una actitud misionera cuanto de perseverancia y testimonio ante un mundo hostil. Dentro de esta corriente, la unidad de la comunidad es un don de Dios, no el resultado de una tradición común o de un oficio apostólico.

Las cartas joáneas ponen de manifiesto los problemas y los peligros que surgen en estas comunidades. Hay una dificultad para encontrar criterios objetivos más allá de los puramente subjetivos para discernir entre las distintas doctrinas. Se exhorta a permanecer en la doctrina recta, es decir, en la tradición recibida, pero no hay ministro alguno que vele por ella. A esto se une a la dificultad que supone la existencia de pluralidad de tradiciones junto a la joánea, tanto ortodoxas (la paulina, la lucana, la de las cartas pastorales, etc) como heterodoxas (gnósticas, maniqueas y montanistas). Así, este igualitarismo carismático y comunitario se revela insuficiente para resolver los problemas eclesiales.

5.- A MODO DE REFLEXIÓN FINAL

Redescubrir hoy las primeras comunidades y su forma de vida es volver a las raíces de nuestra fe, a la experiencia fundadora. En la vida diaria, a menudo nos encontramos con que el propósito inicial con que emprendíamos una tarea se ha convertido en algo diferente, o que han surgido dificultades imprevistas que no sabemos encarar o que nos dejan sin recursos. Es entonces cuando volvemos la vista atrás, a nuestras fuentes, a nuestros referentes. También en el caso de la vida eclesial es importante recuperar la experiencia original y descubrir cómo encararon creyentes de otros tiempos los problemas que surgían y que pueden ser similares a los que nos acucian.

No se trata de idealizar a aquellos primeros cristianos (ya hemos visto que fueron años de luces y sombras), ni de compararnos con ellos para acusar a nuestras comunidades con un *¡mirad en qué nos hemos convertido!*, ni tampoco acercarnos en busca de “recetas” porque sus circunstancias y las nuestras son diferentes, pero sí es importante dejarnos cuestionar por ellos con el ánimo de mantenernos en una tensión evangélica que nos empuje siempre más allá.

Nos gustaría destacar algunos rasgos de la primera experiencia:

- Es la experiencia de encuentro con el Resucitado la que hace surgir la Iglesia. Es un acontecimiento que, además de clarificar quién es Jesús, quién es el Dios de Jesús y cuál es su proyecto, cambia la comprensión de la propia persona, de su vida, de su tarea, de su esperanza. Supone un proceso de conversión radical, que impulsa a dar testimonio de lo vivido y congregarse en torno a esa experiencia. Desde aquí, surge una llamada a tomarnos la temperatura de nuestra fe, la intensidad de nuestra relación personal con Jesús, que alcanzamos a través de y en la Iglesia, pero sin la que no puede haber Iglesia. La realidad de esta Iglesia depende en gran medida de la autenticidad y profundidad en la relación viva de cada creyente con el Dios de Jesús.
- La vivencia de fe de los primeros seguidores es esencialmente comunitaria. La comunidad es espacio integral donde celebrar la fe, orar, compartir la vida y los bienes, sentirse reconocido, acogido y, a la vez, copartícipe y responsable de la vida común. El nexo fundamental es la fe en Jesucristo y la llamada a colaborar en la construcción del Reino de Dios, pero esto crea también unos lazos afectivos profundos entre las personas, convencidos de ser hermanos en el mismo Padre. El reto de vivir una verdadera fraternidad entre hermanos sigue presente en nuestras comunidades hoy.
- Desde el sentimiento de estar unidos por lo fundamental, es decir, por la fe en Jesucristo, en los inicios, la pluralidad se vive como una realidad aceptada y beneficiosa. Sólo cuando se trata de una cuestión que puede afectar al núcleo

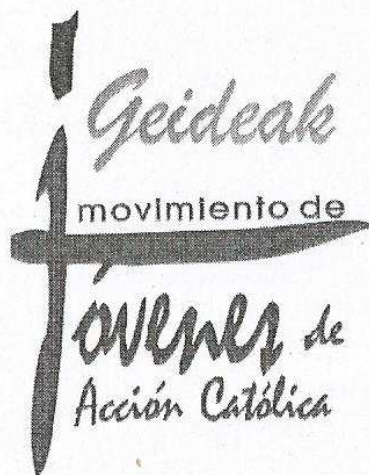
fundamental se considera que es necesario llegar a una postura común. Se practica el encuentro, la escucha y el diálogo entre las distintas comunidades, también cuando hay que tomar una decisión. La pluralidad de formas y estilos no se entendió como desviación sino como manifestación del Espíritu. Hoy, sin embargo, parece que vivimos un momento en el que se interpreta que el mejor signo de comunión es la homogeneidad.

- La Iglesia vive consciente de su realidad minoritaria y la vive sin miedo. Está sobre todo preocupada de la identidad de los miembros, no del número. Claro que hay un interés misionero fuerte, porque la buena noticia que se vive merece la pena ser comunicada. Pero es un trabajo laborioso, personalizado, de descubrimiento, desde el respeto de la libertad de la persona, buscando propiciar el encuentro con Cristo resucitado. Quizás hoy vivimos en una Iglesia demasiado preocupada por los números y la relevancia social que eso representa, aunque a veces detrás de las estadísticas no haya una experiencia de fe madurada.
- Los primeros cristianos vivían un sentido agudo de la provisionalidad. Por una parte, esperaban una pronta y definitiva venida de Jesucristo para culminar el proyecto del Reino; por otra, se sienten depositarios de una novedad que aún se tiene que desarrollar completamente con la ayuda del Espíritu. Por eso, no intentaron organizarse demasiado, justo lo necesario para no estorbar el paso libre del Espíritu por las comunidades. Nuestro planteamiento ahora parece el contrario: afianzar estructuras y organización, perdiendo a veces contacto con la realidad a la que tienen que responder.
- Nada hay tan distante del espíritu cristiano primitivo como la idea de un poder o una responsabilidad que no sea un servicio fraternal dentro de la Iglesia. El modelo es Jesús, el que lavó los pies a sus discípulos y no les llamaba siervos, sino amigos. El mismo que debe ser también referencia para nosotros.
- La igualdad radical es también una característica muy importante en las primeras comunidades. El evangelio de Lucas, especialmente, utiliza la imagen del banquete, la de la comida compartida, para expresar cómo es el Reino de Dios: una mesa a la que todos se sientan como iguales, donde quedan fuera los roles sociales que nos elevan a unos sobre otros. Esto incluye también a las mujeres. Las comunidades se tomaron en serio este estilo y lo pusieron en práctica. No podemos ignorar que hoy la participación de las mujeres en la Iglesia en condiciones de igualdad no es posible y que constituye, no sólo una dificultad para la incorporación de las mujeres de las generaciones jóvenes, sino un auténtico reto de justicia y de autenticidad evangélica.

Ojalá que nuestra Iglesia sea capaz de vivir en la escucha permanente del Espíritu, que sopla donde quiere, y que es el único capaz de guiarnos por el camino de Jesús.

BIBLIOGRAFÍA

- Rafael Aguirre: “Del movimiento de Jesús a la Iglesia cristiana. Ensayo de exégesis sociológica del cristianismo primitivo”. Verbo Divino. Estella 1998
- Rafael Aguirre: “Ensayo sobre los orígenes del cristianismo. De la religión política de Jesús a la religión doméstica de Pablo”. Verbo Divino. Estella 2001
- Margaret Y. Macdonald: “Las comunidades paulinas”. Sígueme. Salamanca 1994
- Gerhard Lohfink: “La Iglesia que Jesús quería”. Desclee de Brouwer. Bilbao 1986
- Norbert Brox: “Historia de la Iglesia primitiva”. Herder. Barcelona 1986
- Esperanza Bautista: “La mujer en la Iglesia primitiva”. Verbo divino. Estella 1993
- Elisabeth Schüssler Fiorenza: “En memoria de ella”. DDB. 1989



Elaborado por la Comisión de Formación de
Geideak Movimiento de Jóvenes de Acción Católica

Bilbao, marzo de 2005

**Geideak Ekintza Katolikoko Gazteen Mugimenduko
Heziketa Batzordeak eginda**

Bilbao, 2005eko martxoa